criatura pide a Dios. Veamos ahora qué es lo que debemos pedir y con qué prudencia.

Me parece que la dulce y primera Verdad nos enseña lo que debemos pedir cuando en el santo Evangelio, reprendiendo al hombre por la desmedida preocupación con que intenta adquirir y poseer las posiciones sociales y las riquezas del mundo, dijo: «No penseis en el día de mañana. Basta al día (presente) su preocupación». Nos manifiesta aquí que prudentemente consideremos la brevedad del tiempo. Añade después: «Pedid primero el reino del Cielo, pues bien conoce vuestro Padre celestial que necesitais estas cosas de poca importancia». ¿Qué reino es este? ¿Cómo se pide? Se trata del reino de la vida eterna y del de nuestra alma. Si ésta no es poseída por la razón, nunca entrará en el reino de Dios. ¿Con qué se pide? No sólo con la palabra (ya hemos dicho que quienes lo hacen de esta manera no son reconocidos por Dios) sino con el afecto a las verdaderas y reales virtudes. La virtud es la que pide y posee el reino del Cielo. Ella hace al hombre prudente y la que actúa con prudencia y madurez por el honor de Dios, por su salvación y por la del prójimo. Con ella soporta sus pecados y ordena el afecto de la caridad amando a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo. El orden es el siguiente. Propone dar la vida corporal por la salvación de su alma y los bienes temporales por defender el cuerpo de su prójimo. Este es el orden que impone la caridad prudente. Lo contrario haría si fuese imprudente, como hacen muchos que practican una necia y loca caridad, pues por defender a su prójimo (no digo al alma sino al cuerpo) exponen su alma propalando mentiras y prestando falsos testimonios. Estos pierden la caridad por no estar cimentada en la prudencia.

Hemos visto que debemos pedir el reino del Cielo. Ahora os digo cómo debemos conducirnos en la santa comunión y cómo debemos recibirla. No debemos emplear una necia humildad como hacen los seglares en el mundo. Digo que debemos recibir este dulce sacramento por ser alimento del alma sin el que no podemos vivir en gra-

cia. No hay ligadura tan fuerte que no se pueda y se deba cortar para acercarse a este dulce sacramento. El hombre debe poner de su parte lo que pueda, y es suficiente. ¿Cómo debemos recibir la comunión? Con la luz de la santísima fe y con la boca del santo deseo. Con la luz de la fe pensareis en todo-Dios y todo-hombre en aquella hostia. Entonces, el afecto que sigue al entendimiento, mira con efusivo amor y santa consideración sus defectos y pecados, por lo cual se llega a la contrición. Considera la generosidad de la inestimable caridad de Dios, que con calor tan grande se le ha dado en comida. Y aunque parezca que no tiene la perfecta contrición y disposición que él mismo desearía, no debe dejarla, pues es suficiente la buena voluntad y la preparación hecha por su parte.

Aún añado que debemos tomarla como fue figurado en el Antiguo Testamento, cuando se mandó que se comiese el cordero, asado y no hecho trozos, todo y no una parte, ceñidos y de pie, con el bastón en la mano y que la sangre del cordero se pusiese sobre el umbral de salida. De igual modo debemos recibir este sacramento: asado, no hecho trozos, pues, si lo está, os encontrareis con tierra y agua, es decir, el afecto terreno y el agua del amor propio. Se toma así cuando lo recibimos con el fuego de la divina y dulce caridad. Debemos estar ceñidos por el cíngulo de la conciencia, pues sería indecoroso a tanta pureza y limpieza ir con el espíritu y el cuerpo manchados. Debemos estar de pie, o sea, que nuestro corazón y espíritu sean totalmente fieles y orientados a Dios; y con el bastón de la santísima cruz, de donde sacamos las enseñanzas de Cristo crucificado, que es el bastón en que nos apoyamos y con que nos defendemos de nuestros enemigos, a saber, del mundo, demonio y carne. Debemos comerlo todo y no una parte, es decir, contemplar con la luz de la fe no sólo la humildad de este sacramento unida y amasada con la divinidad, sino el cuerpo y el alma de Cristo crucificado: todo-Dios y todo-hombre. Debemos tomar la sangre de este Cordero y ponerla en la frente, esto es, confesarlo ante toda criatura y nunca negarlo ni

por sufrimientos ni por la muerte. Así es como tenemos que recibir este Cordero; asado al fuego de la caridad sobre el madero de la cruz. De este modo se nos verá sellados con la señal de la Tau (la cruz) y no seremos heridos por el ángel exterminador.

Dije que ni quiero ni debeis hacer lo que muchos seglares imprudentes que infringen el mandamiento de la Iglesia (comunión pascual) diciendo: «Yo no soy digno». De esta manera pasan largo tiempo en pecado mortal, sin el alimento de las almas. ¡Oh necia humildad! ¿Quién no comprende que no eres digno? ¿Cuándo esperas serlo? No lo esperes, pues serás tan digno al final como al principio, ya que con todas nuestras justicias nunca seremos dignos. Dios es el que es digno y, con su dignidad, nos hace dignos a nosotros. Su dignidad no disminuye nunca. ¿Qué debemos hacer? Prepararnos por nuestra parte y cumplir el dulce mandamiento, pues si no lo hiciéramos así, dejando la comunión de modo dicho, caeríamos en el pecado creyendo huir de él.

Por eso concluyo y quiero que no caigais en tal necedad sino que os prepareis como fiel cristiano a recibir la santa comunión. Lo hareis perfectamente si permaneceis en el conocimiento de vos; de otra manera, no, porque estando en él, todo lo vereis nítidamente. No decrezca vuestro santo deseo por sufrimientos, perjuicios, ni por injurias o ingratitud de aquellos a quienes habeis servido, sino, con valentía y verdadera perseverancia, sed constante hasta la muerte. Por amor a Cristo crucificado os ruego que obreis así. No digo más. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

SOBRE LOS PECADOS DEL MUNDO

A. D. Juan delle Celle.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísimo padre en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros, para honra de Dios, saborear y alimentaros de almas en la mesa de la santísima cruz y de que acompañeis al humilde e inmaculado Cordero. No veo, padre, que en otro lugar se pueda tomar este dulce alimento. ¿Por qué no? Porque, en verdad, no lo podemos comer sin sufrir mucho. Pero con los dientes de la verdadera paciencia, y con la boca del santo deseo, se come en la cruz de las muchas tribulaciones hasta la muerte, vengan de donde vengan, a través de las murmuraciones y escándalo del mundo. Este es el momento, carísimo padre, de demostrar si amamos a Cristo crucificado o no, y si nos deleitamos en esta comida. Es tiempo de ofrecer el honor a Dios y al prójimo nuestro sufrimiento. Hablo de sufrimientos abundantes, corporales y espirituales. Espirituales, a saber, ofrecer a Dios, con dolor y amargura, lágrimas, sudores y humilde y continuada oración con anhelante deseo. No veo otro modo de aplacar la ira de Dios y de que se incline hacia nosotros su misericordia y por ella recuperar tantas ovejuelas que perecen en manos de los demonios, que éste, o sea, con gran dolor y compasión de corazón y con muchísimas oraciones.

Por eso os invito, carísimo padre, de parte de Cristo crucificado, a que ahora comencemos a perdernos a nosotros mismos y a buscar sólo el honor de Dios y la salvación de las almas, sin temor servil alguno, sea por los sufrimientos, por agradar a las criaturas o por la muerte. Nos es necesario sufrir y no aflojar nuestros pasos por ninguna razón, sino que, como ebrios, corramos movidos

por el amor y por el dolor causado por la persecución que se hacen a la sangre de Cristo crucificado. Porque, de cualquier lado que nos volvamos, vemos que la persiguen. Y así, si me vuelvo a nosotros, miembros podridos, la perseguimos con muchas faltas, y gran pestilencia de pecados mortales, y con el venenoso amor propio que empozoña al mundo entero. Si me vuelvo a los que administran la sangre de este humilde y dulce Cordero, la lengua no puede ni contar tan grandes males y pecados. Si me vuelvo a los ministros que se encuentran bajo el yugo de la obediencia, a causa de la maldita raíz del amor propio aún no muerta en nosotros, los veo tan imperfectos que ninguno se ha decidido a encaminar su vida en conformidad con Cristo crucificado. Más bien han utilizado el temor a la muerte y al castigo que el santo temor a Dios y su reverencia a la sangre. Si me vuelvo a los seglares que ya han apartado su afecto de lo mundano, no practican tanta virtud que abandonen su puesto o prefieran la muerte antes de hacer lo que no se debe. Esto lo han hecho con imperfección, y aconsejados. El consejo, si le hubiere de dar, sería que sigan la perfección, prefieran la muerte y, si se sienten débiles, entonces huyan del lugar y causa del pecado en lo que pudieran. Este mismo consejo, si hubiera ocasión, debería darlo a vos y a todo servidor de Dios. Sabeis que por ninguna razón, por miedo al sufrimiento o a la muerte, ni siquiera por realizar una gran obra virtuosa, nos es lícito cometer una pequeña falta. Por tanto, a cualquier lado que nos volvamos, no encontramos otra cosa que pecados. No dudo de que si uno solo tuviese tanta perfección que hubiese dado su vida por los sucesos que a diario ocurren, habría atraído a la misericordia de Dios, atado las manos de la divina justicia y destrozado los corazones del Faraón endurecidos como piedra de diamante. No creo que se rompan sino con la sangre.

¡Ay, ay, desventurada de mí! Veo yacer el muerto de la religión cristiana y no me duelo ni lloro por él. Veo a la oscuridad caer sobre la luz de la fe. Esta, recibida en la

sangre de Cristo, la veo ofuscarse y que se les reseca la pupila, por lo cual, como ciegos caen en la fosa, esto es, en la boca del lobo infernal, desnudos de virtudes, muertos de frío por estar sin el vestido de la caridad de Dios y del prójimo, desvinculados de ella y perdida toda reverencia a Dios y a la sangre.

Os ruego, pues, carísimo padre, que rogueis a Dios por mí para que me libre de tantas iniquidades y no sea causa de tanto mal o que me conceda morir. Os pido que a esos hijos muertos los lleveis a la mesa de la santísima cruz y allí comais esta comida y os bañeis en la sangre de Cristo crucificado. Aseguro que si vos y los demás servidores de Dios no nos cargamos de razón con muchas oraciones, y ellos no se enmiendan de tantos males, vendrá el juicio divino y la divina justicia sacará el látigo. Aunque (si abrimos los ojos) (veremos que) ya ha venido uno de los mayores que podemos tener en esta vida, esto es, el ser privados de la luz para ver el perjuicio y mal del alma y del cuerpo. Quien no lo ve, no se puede corregir, porque no aborrece al mal ni ama al bien y, al no enmendarse, va de mal en peor. Esto me parece que ocurre y que hoy nos hallamos peor que el primer día. Por tanto, si somos verdaderos servidores de Dios, no debemos estar nunca sin sufrir mucho y con verdadera paciencia, ofreciendo al prójimo nuestros trabajos, junto con muchas oraciones y anhelantes deseos, y a Dios el honor. Sean los suspiros nuestra comida y las lágrimas la bebida a la mesa de la cruz, porque no encuentro otro modo. Por eso dije que deseaba veros gustando y comiendo almas en la mesa de la santísima cruz.

Os pido que encomendeis a vuestros hijos queridísimos y a los míos, los de ahí y los de aquí. Alimentadlos y haced que crezcan en la perfección en la medida de vuestras posibilidades. Muertos a toda voluntad propia o espiritual o temporal, preocupémonos de correr, es decir, no de buscar el propio consuelo espiritual sino sólo el alimento de las almas, deleitándonos en la cruz de Cristo crucificado y en dar la vida, si es preciso, por la gloria y

alabanza de su nombre. Yo me muero por no poder morir y por oír y ver las ofensas a mi Señor y Creador. Por eso os pido la limosna de que vos y los demás rogueis por mí. No digo más. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

CONFIANZA EN LA MISERICORDIA DIVINA

A la Señora Constanza

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Amadísima hija en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de ver despojado vuestro corazón y afecto del miserable amor al mundo, tanto y tan perfectamente, que todo os produzca tedio y desagrado, hasta que digais con el dulce apóstol Pablo: «Deseo liberarme y estar con Cristo». Conocía Pablo que la vida corporal era un impedimento entre Dios y él de dos maneras. Una es porque el cuerpo se rebela constantemente contra el espíritu y por ello es rebelde a su Creador. La otra, porque la vida corporal no nos permite ver ni poseer la visión de Dios hasta que el alma no esté libre de la unión entre ambos. Por eso Pablo, y los demás servidores de Dios, tienen deseo de morir y llevan la vida con resignación.

Pensad, sin embargo, que antes de conseguir la vida es necesario que hayan muerto dos cosas. Lo primero, que el hombre muera a toda propia y perversa voluntad sensitiva. Quien no la mata es conducido a la muerte eterna. Es, por tanto, necesario que el hombre se levante y que corte con el cuchillo del odio y del amor, o sea, odio al

pecado y el amor a la virtud. De este modo esperará el alma la segunda muerte, la muerte corporal, como un sueño. Con ella termina todo trabajo y se da fin a toda oscuridad y hace que el alma llegue a la dulce visión de Dios. Pero pensad, hija mía, que si no se ve al hombre con voluntad muerta, como se ha dicho, su muerte corporal no sería gloriosa sino más bien penosa. Quiero, pues, que sigais a las verdaderas y reales virtudes, huyendo del mundo y de sus deleites. Acercándoos a Dios recibireis la alegría suprema, el gozo y la seguridad para perder todo temor servil; concebireis una fe viva y considerareis con ella la misericordia de Dios. En la fe descubrireis que Dios no quiere otra cosa que nuestra santificación. Para que nos santifiquemos El nos dio al Verbo, a su Hijo, y quiso que muriese de la afrentosa muerte de cruz. En ésta descubre tanta generosidad de misericordia que ni lengua humana es suficiente para explicarla ni es posible imaginarla. De este modo, por la misericordia se pierden el temor y el sufrimiento.

Ocurre a veces que el alma, por blandura para consigo misma, y por temor a la muerte, tiene grandísima pena. Esto es argucia del demonio que dice a su mente: «Mira que morirás y no has hecho obra buena alguna. ¿Quién sabe adónde irás? Tus obras merecen sólo el infierno». Por otra parte le renace el mimo para consigo misma, diciéndole: «Es para pensarlo: tu cuerpo, hace poco en tantas delicadezas y deleites del mundo, pronto estará muerto y será más sucio que el de cualquier animal». Así suscita la maldad del demonio estos pensamientos y lucubraciones y turbación espiritual y para que vea sólo sus defectos y pecados y ocultarle la misericordia divina.

Es precioso, pues, poner remedio a tanta malicia y responder en el interior a estos pensamientos diciendo con la mirada puesta en el Creador: «Confieso que soy mortal, lo cual es una grandísima gracia, porque con la muerte alcanzaré mi fin, es decir, Dios, que es mi vida. También reconozco que mi vida, con las obras que he realizado, no merece sino el infierno. Tengo, sin embar-

go, confianza en mi Creador y en la sangre del exhausto y degollado Cordero que me perdonará los pecados y me dará su gracia. Me esforzaré por enmendarme, o sea, sin haber hecho penitencia por mis pecados, repito que confío en mi Señor Jesucristo, porque veo que no hay comparación posible entre la misericordia y mis pecados. Es más: si todos los pecados que se pueden cometer se reunieran en una criatura, es menos que una gota de aceite en medio del mar». Así son los pecados en comparación con la misericordia, de manera que el alma puede volver a recibir la gracia con la verdadera disposición y el aborrecimiento del pecado cometido. Por ese aborrecimiento tiene en menos el mismo a su cuerpo y a todo lo creado. Así queda el alma asegurada y, al fin, se le acrecienta el amor; pierde el temor servil de la turbación y se deleita con grandísimo gozo en Cristo crucificado, aguardando la hora de la muerte con grandísima alegría y quietud. No sólo la aguarda, sino que desea verse saliendo del mundo y estar con Cristo.

¡Animo, pues, dulce hija mía; no más temor! Pasad este breve tiempo con alegría, con deseo de virtud y verdadera paciencia, soportando todo sufrimiento corporal o espiritual, por enfermedad o del modo que Dios os lo conceda. No rechaceis los sufrimientos. Estrechaos y abrazaos con la cruz y con los padecimientos. Los que teneis os los ha concedido Dios para vuestro provecho, porque quiere tener materia para premiaros cuando salgais del mar tempestuoso de esta vida tenebrosa y para que vayais al lugar del reposo y de la verdadera ciudad de Jerusalén, visión de paz. Allí es premiado todo lo bueno, a saber toda paciencia y buena obra que realicemos en esta vida. ¡Qué loco y necio sería el mercader que, poniéndole en las manos un tesoro para que ganase con él, por temor al esfuerzo lo metiese bajo tierra! Ciertamente que sería muy digno de reprensión y de que se le quitase la vida. Nosotros somos los mercaderes a quienes se ha proporcionado el tesoro del tiempo, junto con el libre albedrío y la libre voluntad que Dios nos ha dado y encomendado

para nuestras ganancias. Porque, mientras disponemos de tiempo, podemos perder y ganar, según plazca a nuestra voluntad. Por tanto, seríamos necios si, por temor al sufrimiento y por miedo, enterráramos esa facilidad y voluntad que se nos han dado para que ganemos la vida eterna viviendo virtuosamente. De lo contrario, viviendo viciosamente, con este tiempo compraremos el infierno. Porque se vive viciosamente cuando se entierran la ocasión y la voluntad en el aspecto y deseo terreno y desordenado que están fuera de la esfera de Dios.

Por eso dije que deseaba veros el corazón y el afecto despojados de todo amor y afecto mundanos y de todo temor servil. Quiero que esteis vestida sólo de Cristo crucificado; que en El pongais vuestra fe y esperanza, a fin de que el demonio con sus estratagemas no os pueda agarrar por el miedo a la muerte, sino que con el deseo querais volver a vuestro fin.

No os digo más. Bañaos en la sangre de Cristo crucificado. Bendecid a la muchacha (su hija) en Cristo, el dulce Jesús. Encomendadme a la señora Nera y a Nicolás. Decidles que aprenda a aprovechar el tiempo y a emplearlo en santos y verdaderos deseos, mientras lo tienen. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

EL CRUCIFICADO, LIBRO DE PERFECCION

A Sano de Maco y a todos los otros hijos en Cristo.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísimo hijo en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina,

sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros fundados en la virtud de la fe, que es una luz que está en el entendimiento y hacer ver y conocer la verdad. Lo que se reconoce como bueno, eso se ama y no lo desconocido. Por tanto, es necesaria la luz, ya que sin ella andaremos a oscuras y, quien así anda, tropieza.

La luz nos muestra el camino y el fin al que nos invitan, que son dos. Esa luz ve las bodas de uno y de otro y con ella distingue quién da vida y quién da muerte. ¡Oh dulcísimos y amadísimos hijos! ¿Quiénes son los dos que nos invitan? ¿Cómo viven? Lo diré. *Uno es Cristo bendito.* Nos invita con el agua viva de la gracia. Así lo dijo cuando clamaba en el templo: «Quien tenga sed, venga a Mí y beba, pues soy fuente agua viva». Verdaderamente es una fuente. Como ella, tiene agua en sí y se desborda por el muro que la rodea; así lo hace el dulce y amoroso Verbo vestido de nuestra humanidad. Esta fue un muro que contiene a la eterna deidad unida a la humanidad, desbordando el fuego de la caridad por este muro abierto, Cristo crucificado, puesto que sus dulcísimas llagas vertieron sangre mezclada con fuego, pues fue derramada a causa del fuego del amor.

De esta fuente sacamos el agua de la gracia porque en razón de la deidad, y no sólo por la humanidad, quedó borrado el pecado del hombre. La humanidad soporta el sufrimiento de la cruz y, en virtud de la deidad, quedó satisfecho nuestro pecado y fuimos restituidos a la gracia; de modo que, en verdad, El es fuente de agua viva y nos invita a beber de ella con gran dulzura. Dice: «Quien tenga sed, venga a Mi y beba». No invita al que no tenga sed. Dice «*venga a Mí*». ¿Por qué lo dice la Verdad eterna? Porque ninguno puede ir al padre sino por El, como dijo en el Evangelio. Quien desee participar de la visión de eterno Padre, que es vida perdurable, ha de seguir el camino de la doctrina del Verbo que es Camino, Verdad y Vida. El que va por ese camino, no anda a oscuras sino con la luz de la fe que procede de su luz y con ella se au-

menta. Por eso hemos de decir: Señor, dame la gracia de que en tu luz vea la luz. El es la Verdad, y, el alma que sigue la doctrina del Verbo, abandona y extingue en sí la bujía del amor propio; corre, ciertamente, por este camino sin intermediarios con los pies del afecto, siguiendo la doctrina de Cristo crucificado.

Ve con la luz de la fe que El ha subido a la cátedra de la cruz y que nos enseña la doctrina. Al escribirla en su cuerpo, hizo de sí mismo un libro con letras gruesas, de manera que no haya hombre inculto ni de corta inteligencia que no pueda leerla amplia y perfectamente. Lea, pues, lea nuestra alma y, para conseguirlo mejor, los pies de nuestro afecto suban en afecto a Cristo. De otro modo no leereis bien. Hagámonos a lo principal, a la ardiente caridad que descubrimos en el costado de Cristo, donde El nos muestra el secreto de su corazón que, con su sufrimiento que es temporal, no puede manifestarnos todo el amor que nos tiene ni darnos tanto como quisiera. El amor que a nosotros, vilísimas criaturas, nos tiene, lo deja como doctrina para que le amemos sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos. Ese amor hay que mostrarlo con obras, como El lo hizo sufriendo. Por tanto, con el amor a Dios y al prójimo, sufriendo oprobios, escarnios, villanías, improperios y detracciones, no disminuyendo el afecto de la caridad por que nos hagan alguna injuria, demostraremos que somos fieles a su doctrina. Esta nos enseña a dolernos más de su condenación que de la injuria recibida, y a rogar por ellos como lo hizo El con los judíos que lo crucificaban, diciendo: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen». ¡Escucha el dulce fuego de amor que nos tiene! Considera su paciencia, para confusión de los que se aman a sí mismo y la de los impacientes a quienes una palabra les parece un cuchillo y creen que su corazón revienta, a causa del veneno, si no contestan con cuatro. Esos muestran caminar sin luz y no haber leído este glorioso libro. Por tanto, el que lee en él, tolera y soporta los defectos de su prójimo con gran compasión y caridad fraterna. El hombre también demuestra

el amor que tiene a Dios cuando lleva con paciencia y con la debida reverencia lo que El da o permite, sin querer escrutar sus designios ni enjuiciarlos sino a través del afecto de la caridad. Obrando así, leerá la doctrina de la paciencia, en el tiempo de la guerra gozará de paz y, en la enfermedad del cuerpo, la salud del alma. Así manifestaremos la luz de la fe, porque la paciencia expresa que en verdad hemos visto y creído que Dios no quiere sino nuestra santificación y por eso lo hemos aceptado con reverencia y paciencia. Con esta luz de la fe, porque la paciencia expresa que en verdad hemos visto y creído que Dios, no quiere sino nuestra santificación y por eso lo hemos aceptado con reverencia y paciencia. Con esta luz se lee la esperanza que recibimos de poseer la vida eterna en virtud de la sangre de Cristo. Ella nos hace perder la confianza en nosotros mismos, en el mundo, en sus delicias y en cualquier otra cosa y confiar sólo en El como en nuestro verdadero y sumo Bien.

Sería demasiado largo enumerar lo que se lee en este libro, pero ábrase el ojo del entendimiento con la luz de la fe y vayan los pies del afecto a leer en él. Allí se descubre la prudencia y la sabiduría con que Cristo atrapó al demonio con el anzuelo de nuestra humanidad. En El se halla la justicia, tanto que para castigar la culpa se entregó a sí mismo a la afrentosa muerte de cruz, haciendo yunque de su cuerpo, machacando el pecado con el martillo de grandísimos sufrimientos. De modo que en El se halla justicia, fortaleza y templanza y que ni por blandura para consigo, ni por ingratitud, ni por los gritos de los judíos, volvió la vista atrás en el sacrificio que hacía de sí al Padre. Para vergüenza de nuestra soberbia, leamos luego en aquella pequeña virtud, la humildad verdadera y profunda que hubo en El. Veremos a Dios doblegado al hombre, la suma altura descendida a lo más bajo, Dios-hombre sometido a la penosa y vilísima muerte de cruz. Veamos cómo usa de continuo esa humildad. ¡Con cuánta docilidad y paciencia tolera nuestras maldades! Ignorancia, negligencia, ingratitud, todo lo tolera por el ham-

bre que tiene de nuestra salvación, otorgándonos el tiempo junto con las buenas y santas inspiraciones, haciendo que veamos y experimentemos nuestra fragilidad y la poca firmeza de ese mundo a fin de que no nos fiemos de él. Hace que sus servidores nos animen con la doctrina y ejemplo de su vida y que rueguen por nosotros con humildes y santas oraciones. Esto lo hace su bondad y humildad, enseñándonos a obrar de manera semejante con nuestro prójimo.

De este modo seguiremos sus huellas. Leyendo en este libro aprenderemos la doctrina de su virtud y con ella seguiremos al Padre, y no de otra manera; porque las virtudes se adquieren con sufrimiento, haciendo fuerza y violencia a la propia fragilidad. En el Padre no cabe el sufrimiento, sino en el Hijo, y por medio de su sangre poseeremos la vida eterna. Por eso dijo: «Ninguno puede ir al Padre sino por Mí». Y así es; porque El es el camino, o sea, su doctrina es verdadero camino que nos da vida, como se ha dicho.

El, como fuente de agua que corre, invita a beber a quienes tengan sed. Los que siguen su doctrina, llenan el vaso de su alma con el agua de la gracia. Apoyando el pecho en su humanidad, se sumergen en este agua, bebiendo con la boca del santo deseo el honor de Dios y la salud de las almas, juntamente con el hambre de las virtudes, las que cree puede conquistar en el tiempo presente. Por eso las practica con gran solicitud, para no perderlas, y las abraza como al mejor tesoro. Estos son los invitados; no los negligentes que yacen en la oscuridad del pecado mortal corriendo por el camino de la muerte, como ciegos y obstinados en sus miserias. Ellos son, ciertamente, llamados, pero no invitados. Son llamados por haberles creado Dios a su imagen y semejanza y vuelto a crear en la sangre del Verbo por la gracia. No son invitados porque ellos no quieren. La ley está dada para todos, pero ¿a quién diremos que pertenece? A los que la observan. ¿Quiénes son invitados a beber? No todos los que somos llamados, sino sólo los que tienen sed y hambre de virtud

y que, como sedientos, corren a la doctrina de Cristo crucificado, poniendo ante sí la luz de la fe, la fuente, para acrecentar la sed. Con ella y con la luz llegan al agua, como se ha dicho. Sin luz nunca lo conseguiríamos. Mucho tendría que decir a propósito de los no invitados, pero no quiero extenderme más.

Hemos dicho que Cristo, el dulce Jesús, nos invita al agua que corre. Veamos quién es el otro que nos invita.

El otro es el demonio que nos ofrece lo que él tiene para sí. En él se halla la muerte; por tanto, nos invita al agua muerta (estancada). Si le preguntáseis: «¿Qué me darás si te sirvo?»; te respondería: «De lo que tengo para mí. Yo estoy privado de Dios y de igual modo lo estarás tú; estoy en el fuego del infierno donde hay llanto y rechinar de dientes; tengo perdida toda esperanza; estoy en compañía de los atormentados y torturados en el infierno. Como yo, tendrás como premio estas alegrías y refrigerio». Por eso el que es fiel (a Dios) nunca va por ese camino y, si se encuentra en él, se arrepiente. Qué necio y loco es el hombre que se aparta de la luz. El que se halla privado de ella desconoce su propia desgracia.

¿Cuál es el camino del demonio que invita? El de la mentira, de la que él es padre. Ella produce el miserable amor propio con que ama desordenadamente la prosperidad, riquezas del mundo, cosas creadas, a las criaturas y a sí mismo, sin cuidarse de si pierde a Dios y la belleza de su alma. Como ciego, de sí mismo y del mundo se hace un dios, y, como ladrón, roba el tiempo. El, que debe emplear en la honra de Dios y en la salvación de las almas, lo gasta en el deleite sensitivo propio, gozándose en sí mismo y dando desahogo o placer a su cuerpo fuera de la voluntad de Dios. El libro que (el demonio) te pone delante son los propios sentidos, en los que se hallan escritos todos los vicios con movimientos de ira, soberbia, impaciencia, infidelidad a su Creador, injusticia, indiscreción, inmundicia, odio al prójimo, placer en el vicio y desagrado en la virtud, grosería y detracción con el prójimo, pereza y turbación de la mente, descuido, somnolencia,

ingratitud y todos los demás defectos: todos están escritos en él. Si la voluntad lo lee y aprende, poniéndolo en práctica deliberadamente, como falto de fe, sigue el camino de la mentira, del demonio; bebe en el agua estancada por carecer de la gracia en esta vida y en la otra, si muere en pecado mortal, recibe, juntamente con el (demonio) la eterna condenación y el suplicio.

Ved, pues, hijos carísimos, cuán necesaria os es esta luz, de cuánto mal libra y a cuánto bien conduce. Considerando yo esto y, viendo que sin ella no se daría cumplimiento a la voluntad de Dios en vosotros (El os creó para daros la vida eterna) y que tampoco se cumpliría mi voluntad puesto que para vosotros no quiero otra cosa, por eso dije que deseaba ver en vosotros la luz de la fe. Deseo y os pido que seais fieles siempre y verdaderos servidores de Cristo crucificado. Quiero que le sirvais plenamente y no a medias, a su modo y no al vuestro; sin elegir tiempo y lugar, sino su modo; que no lo hagais por propio consuelo, ni rehuseis sufrimientos o combates del demonio visible o invisible ni tampoco la lucha contra la carne sino abrazando el camino de los sufrimientos por el honor a Dios. Seguid a Cristo crucificado mortificando el cuerpo con el ayuno, con la vigilia y la continua y fiel oración. Dad muerte a vuestra voluntad en la dulce voluntad de Dios. Sea vuestro trato con los servidores de Dios. Cuando os halleis reunidos, no perdais el tiempo en palabras ociosas, ni cargándoos con los hechos de los demás, comiendo la carne del prójimo con la murmuración y el juicio falso, ya que sólo Dios es juez de nosotros y de cada uno. Demostrad que estais reunidos en el nombre de Cristo, hablando de su bondad, de las virtudes de los santos y de vuestros defectos.

Sed, pues, tan fuertes, constantes y perseverantes en la virtud, que ni demonio ni criatura alguna, por amenazas o halagos, os haga volver la mirada atrás, porque sólo la perseverancia es coronada. El que se halle ligado al mundo, corte con él en la realidad y no se ponga a desligarse, porque no tiene tiempo y, quien no corta, permanece

siempre atado. La memoria de la sangre, junto con la luz de la fe, os hará romper perfectamente con todas las cosas que se hallan fuera de la voluntad de Dios. Sereis fieles a El y a mí, miserable, creyendo que si alguna vez no os escribo, os amo de veras y con solicitud procuro ante Dios vuestra salvación. De eso quiero que esteis seguros. Es cierto que, por falta mía y por la mucha ocupación que he tenido, no os he escrito, pero animaos mutuamente, pues más que nunca tengo el deseo de veros escritos en el libro de la vida.

Anegaos en la sangre del humilde cordero. No ceseis de orar por la santa Iglesia y por nuestro señor el Papa Urbano VI, porque es momento de grandísima necesidad. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

LA PENITENCIA SOLAMENTE ES UN INSTRUMENTO PARA CONSEGUIR LA PERFECCION

A la Señora Inés de Toscanella.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísima hermana en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de ver que poneis un cimiento real y verdadero para que podais levantar tan gran edificio que ningún viento contrario lo pueda echar por tierra. No os extrañeis de que diga que deseo veros poner un verdadero cimiento, pues parece, hablando así, como si ahora comenzásemos a edificar la ciudad de nuestra alma. Hace tiempo que parece lo quisimos comenzar, aunque confieso que nunca lo hice, porque cada

día tiene el alma que volver al principio. Puesto que hemos visto que es necesario poner el cimiento, veamos ahora dónde, cómo y en qué.

Os lo digo. El lugar es el verdadero conocimiento de nosotros. Se profundiza en el valle de la humildad. ¿De qué modo? Con la luz de la fe; arrancando con las manos el afecto del amor desordenado, que es la tierra que estorba al alma. Se precisa rellenar (la zanja) con las piedras de las verdaderas virtudes con la mano del amor, junto con encendido y ardoroso deseo.

¿Y qué pondremos encima? El hambre de la honra de Dios y de la salvación de las almas, aprendiendo del humilde e inmaculado Cordero, siguiendo su doctrina. Esta nos enseña a amarle sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos. Por eso el alma prudente, que ha comenzado por el conocimiento de sí misma del modo dicho, cuando ha conocido la gran bondad de Dios y el inefable amor que nos tiene, se enamora de El y de lo que El ama, es decir, de la criatura racional. Por eso se pone enseguida a la mesa del santo deseo para tomar el manjar de las almas y dar muerte en sí a la propia voluntad y vestirse de las virtudes para la honra de Dios.

A esta voluntad no hay que darle muerte a medias, sino totalmente. ¿Sabéis cuándo se le da la muerte a medias? Cuando aparta de su afecto las cosas transitorias y se dedica a la voluntad de Dios, que quiere que nos despojemos de ellas. Queda medio muerta, estando muerta en eso. Permanece, sin embargo, medio viva, es decir, en las cosas espirituales, al buscar los consuelos, eligiendo los tiempos, lugares y consolaciones, a nuestro modo, y no al modo de Dios, cosa que no se debe hacer. Más bien debemos servir a nuestro Creador libre y sinceramente, y dejarle a El determinar los tiempo, lugares y consuelos a su modo. Como es el médico y nosotros los enfermos, debemos aceptar y tomar la medicina según su determinación. Bien necia y loca es el alma que quiere caminar a su capricho. Parece que cree saber más que Dios y ni se da cuenta de ello. Esto ocurre porque se le oculta con este

pretexto: le parece agradar más a Dios con el modo suyo que con el que Dios ha permitido. Así cae frecuentemente en grandísimos engaños. ¿Cuál es la causa de que la voluntad viva de esa manera? La afición que ha tomado a los propios consuelos, poniendo en ellos su cimiento.

Algunos lo ponen en las visiones, por lo que, cuando las reciben, encuentran gran deleite y sufren cuando no las tienen. Este no es buen principio, porque muchas veces pensarán que son de Dios y serán del demonio, ya que él atrapa con este anzuelo a los que ve más inclinados a esas. Alguna vez permitirá Dios en nosotros abundantes consuelos espirituales, no para que pongamos en ellos nuestro afecto principal, sino para que miremos mejor el afecto del que los da y no a lo que se da. Después, en otros momentos, no dará sino combates, oscuridad, esterilidad de espíritu, por lo cual viene al alma un sufrimiento grandísimo y, privada de lo que desea, le parece hallarse alejada de Dios. El lo permite para levantarla de la imperfección a la perfección o para quitarle la apetencia por las revelaciones y hacer que se alimente a la mesa del santo deseo, en el que debe fundar su principio.

Muchos se engañan a veces con las penitencias. Esto ocurre cuando la criatura se pone como fin principal de ellas y atiende más a matar al cuerpo que a la propia voluntad, cuando debería dar muerte a ésta y mortificar al cuerpo. Tanto afán pone en ello que le parece imposible poseer a Dios sin esas penitencias. Este cimiento no es suficiente para construir un gran edificio, sino muy peligroso y nocivo para el alma apoyarse únicamente en la penitencia. Ha de partir del afecto de la dulce caridad y de las virtudes interiores del alma, las cuales nunca se pierden por el tiempo, por el lugar, ni criatura alguna nos las puede quitar, si nosotros no queremos. Hay que tomar la penitencia como instrumento y usarla para aumentar la virtud y para mortificar al cuerpo, pero no como finalidad principal. Quien actúa de otra manera, se engaña mucho a sí mismo. Se debe saber que la penitencia hay que hacerla a tiempo, y no en todo tiempo es posible continuar-

la como se ha comenzado, ya que el vaso del cuerpo, mortificado y macerado en un tiempo, acaso no lo pueda ser en otro. Entonces esa persona sufre y le parece estar reprobada por Dios, y por ello queda su espíritu a oscuras, puesto que se le ha privado de aquello de donde le parecía recibir la luz y consuelo. Esto le sucede porque ha puesto en el consuelo su cimiento. Esos son proclives a tener muchos sufrimientos y poco fruto, a la murmuración y a la crítica de los que no fueren por el camino de la penitencia. Quisieran ver caminar a todos por la misma vía que ellos llevan y no se dan cuenta de que piensan mal. Parece que quieren poner leyes al Espíritu Santo que llama y guía de modos distintos: a quién por la penitencia y a quién de otro modo, a quién con poca y a quién con mucha, según sea posible a la naturaleza de cada uno, y hay quien camina únicamente con su ardoroso deseo. Estos son los que tienen ganancia grande: corren plenamente iluminados, libres y sin sufrir, porque han dado muerte a su voluntad; no critican sino que se gozan viendo la diversidad de modos de que Dios se sirve y que en la casa del Padre son muchas las moradas que tiene para distribuir.

Estos no sufren por la privación de los consuelos, más bien se gozan de ella por el odio santo que se tienen, considerándose dignos de sufrimiento e indignos del fruto que a él se sigue. No atienden a buscarse a sí mismos sino a Dios y a Este no le aman por propio deleite sino por su bondad, por ser digno de ser amado. Al prójimo lo aman porque se nos ha mandado y porque con la luz de la fe han visto que Dios los ama inefablemente; por eso lo aman. Gustan en esta vida las arras de las vida eterna porque han dado muerte del todo, y no a medias, a su voluntad.

¡Oh carísima hermana! No creáis, ni pase por vuestra mente, que yo desprecio la penitencia corporal. No, sino que la recomiendo en cuanto sea instrumento, pero no como afecto principal. De otro modo recibiríamos muchos chascos. Debemos, pues poner como principio el co-

nocimiento de nosotros mismos y de Dios en nosotros: correr con sinceridad y libertad a la mesa de la cruz en la que encontramos el fuego de la caridad divina, y, como hambrientos, tomar en ella el manjar del honor de Dios y de la salvación de las almas, saturándonos de oprobios, escarnios y villanías, sufriendo hasta la muerte. De este modo seguiremos la doctrina de Cristo crucificado, que es Camino, Verdad y Vida, y quien va por él no camina a oscuras sino que alcanza la luz. El es ciertamente Verdad, y quien sigue su doctrina recibe la luz de la gracia. A ése se le disipa la tiniebla del amor propio y de la ignorancia y consigue una luz, a saber, la luz sobrenatural con la que ha visto y conocido dónde hay que poner el principio y por eso lo ha puesto y ha edificado la ciudad de su alma. Con gran prudencia ha atisbado lo que impide la perfección y por eso lo arroja de sí, y estrecha y abraza lo que hace que se conserve y aumente. Ampliando el corazón y el afecto en el ardor de la caridad, no piensa en sí sino en el modo de agradar más a Dios, buscando su honor y la salvación de las almas. Como ve que esto no lo podría lograr con la voluntad viva, se dedica a darle muerte, ahogarla y a mortificar el cuerpo, a la vez que parece no cuidarse de otra cosa que de adornarse de virtudes. Por lo cual, si tiene consuelos de Dios y de las criaturas por causa de Dios, se humilla, aceptándolas con agradecimiento y juzgándose indigna de ellas. Si tiene tribulaciones, tentaciones o tinieblas espirituales, las acepta con paciencia y amor, por conocer que lo que Dios permite, de cualquier género que sea, se le da por amor, para hacerla llegar al estado perfecto, del que ella tiene gran deseo. Si por obediencia, o por imposibilidad, se la aparta de la penitencia que hacía para mortificar el cuerpo, lo acepta en paz, sin tempestad o amargura de su espíritu, porque no había puesto en ella su cimiento sino en el afecto a las virtudes; y por eso no sufre.

Todo lo contrario ocurre a los que han puesto su principio en la penitencia, pues tienen viva su voluntad y no muerta. Por ello sienten una pena intolerable cuando se

les quita o, por necesidad, se ven obligados a abandonarla, es decir, cuando por fallo de la naturaleza no pueden seguir con lo que han comenzado. Llegan a la impaciencia consigo mismos y a sentir desagrado por lo que la impide. Pretendiendo llegar a la perfección, caen en la imperfección.

Por tanto, carísima hermana, como queda dicho, pongamos nuestro principio y fundamento no en lo imperfecto sino en lo perfecto, es decir, en el conocimiento de nosotros junto con el deseo de las virtudes, que no nos pueden ser quitadas, alimentándonos en la mesa del santo y verdadero deseo, saturándonos de los oprobios del humilde Cordero. De otra manera no podremos llorar con continuas y humildes oraciones por el hijo muerto, el género humano (el pecador), ni por el cuerpo místico de la santa Iglesia a la que hoy vemos en tanta tribulación. Viendo yo que no tenemos medio mejor para trabajar en nosotros y en los demás que poner este dulce principio, dije que deseaba veros colocar un cimiento verdadero y real, a fin de que podamos edificar sobre las verdaderas virtudes. Por amor a Cristo crucificado, os suplico que obréis así y no queráis, a causa de la poca luz, ser tan indiscreta como para entregaros tanto a dar muerte al cuerpo, sino a la propia voluntad en todo, de modo que no busqueis y deseeis otra cosa que a Dios, según El quiera, y no según vos. No digo más.

De lo que me mandasteis decir sobre ir al Sepulcro, no me parece que sean estos tiempos a propósito para ir sino que creo que es voluntad de Dios que permanezcais firme y que continuamente clameis con dolor de corazón ante la presencia de Dios con gran amor y amargura al ver que se le ofende tan miserablemente, y especialmente por la herejía suscitada por hombres malvados para contaminar la fe diciendo que el Papa Urbano VI no es verdadero Papa. El es verdadero Sumo Pontífice y vicario de Cristo y esto lo confieso ante la presencia de Dios y ante las criaturas. Bañaos en la sangre derramada con tanto fuego de amor y perdonadme si os he hablado con pre-

sunción. Rogad a Dios por Cristo en la tierra y por mí, para que me dé la gracia de que yo dé la vida por su dulce verdad. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

LA UNION CON DIOS POR MEDIO DE LA CARIDAD

A D. Roberto de Nápoles.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

A vos, reverendo y querido padre, por reverencia al dulcísimo sacramento, yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Dios, os escribo y me encomiendo en la preciosa sangre del Hijo con el deseo de veros unido y transformado en el fuego de la divina caridad. Ese fuego unió a Dios con el hombre y lo tiene sujeto y clavado en la cruz. ¡Oh inestimable y dulcísima caridad: qué dulce es la unión que has realizado con el hombre! Bien nos has mostrado lo inefable de tu amor por medio de tantas gracias y beneficios otorgados a las criaturas, especialmente por medio del beneficio de la encarnación de tu Hijo, es decir, al ver que la alteza suprema se rebaja tanto como lo está nuestra humanidad.

Con razón debe avergonzarse el alma soberbia viendo a Dios tan humillado en el vientre de la gloriosa virgen María, que fue el dulce campo en que fue sembrada la semilla de la palabra encarnada del Hijo de Dios. Carísimo padre: verdaderamente, en este bendito y dulce campo de María, el Verbo injertado en su carne hizo como la semilla que se echa en tierra, que germina con el calor del sol y produce flores y fruto. La cáscara queda en la tierra. De igual modo obró Dios por el calor y fuego de la caridad

que tuvo al género humano al echar la semilla de su palabra en el campo de María. ¡Oh bienaventurada y dulce María! Tú nos has dado la flor, al dulce Jesús. ¿Cuándo dio fruto esta flor? Cuando fue injertado en el árbol de la cruz, porque es entonces cuando recibimos vida perfecta. ¿Por qué decimos que la cáscara permanece en la tierra? ¿Cuál fue esa cáscara? Fue la voluntad del Hijo unigénito de Dios, el cual, en cuanto hombre, estaba vestido del deseo del honor al Padre y de nuestra salvación. Tan fuerte fue ese inconmensurable deseo que corrió como enamorado, soportando sufrimientos, humillaciones y vituperios hasta la ignominiosa muerte de cruz. Considerando, pues, venerable padre, que esto mismo sucedió en María, a saber, que ella no podrá desear otra cosa que el honor de Dios y la salvación de las almas, dicen los doctores, para demostrar la inmensa caridad de María, que ella hubiera hecho de escalera para colocar en la cruz a su Hijo si no hubiera existido otro medio. Todo esto sucedía porque había permanecido en la voluntad de Dios.

Tenedlo en la memoria, padre, y nunca se aparte de vuestro corazón ni de vuestra alma, puesto que estais ofrecido y donado a María. Pedidle que os presente y dé al dulce Jesús, su Hijo, y ella lo hará como dulce y benigna madre de misericordia. No seais ingrato ni lo olvideis, porque ella no ha desechado la petición sino que la ha aceptado graciosamente.

Sed, por tanto, fiel, no dudándolo por argucia del demonio ni por lo que digan las criaturas, sino corred con valentía recogiendo el dulce afecto de María, esto es, buscando siempre el honor de Dios y la salvación de las almas. Así os lo ruego. En cuanto os sea posible atended a la celda del alma y a la del cuerpo. Procurad comer y alumbrar a las almas en presencia del Señor por el amor y el santo deseo. Y cuando fuéseis requerido para las confesiones no cometais negligencia alguna, sino intentad arrancar a las almas de las manos de los demonios. Seguir las huellas del Padre es señal de que somos verdaderos hijos.

Pero sabed que a este afecto del grande e inmenso deseo no podemos llegar sino por la cruz, o sea, por el torturado y afectuoso amor del Hijo de Dios, porque El es el mar de paz que da de beber a los que tienen sed y deseo de Dios. Da paz a los que se hallan en guerra y se quieren poner a bien con El. Este mar arroja fuego que calienta a todo corazón frío. Caldea tan fuertemente que se pierde todo amor servil y sólo queda la perfecta caridad y el santo temor de ofender a su Creador. No teme. Tampoco quiero que vos temáis a las insidias y combates de los demonios que llegaren a robar y ocupar la ciudad de vuestra alma. No temáis sino que, como caballero en el campo de batalla, debeis combatir con las armas, con el cuchillo de la caridad divina, que es la vara que fustiga al demonio.

Sabed que si no se quiere perder el arma con que hemos de defendernos, hay que tenerla escondida en nuestra alma por medio del verdadero conocimiento de nosotros mismos. Porque cuando el alma conoce que por sí misma no existe, sino que cae siempre en lo que es la nada, o sea, en el vicio y el pecado, se encuentra de pronto humillada ante Dios y ante cualquier criatura por causa de Dios. Reconoce toda gracia y beneficio, y ve que tanto rebosa en ella la bondad de Dios que, por amor a El y por odio a sí, se le acrecienta de tal modo la justicia en sí misma, que quiere no sólo castigarse de buen grado sino que desea que todas las criaturas y hasta que los animales tomen venganza de ella. Considera a todos mejor que a sí misma, por lo que brota en ella un olor a paciencia que no hay peso tan grande ni tan amargo que no lo sobrelleve pacientemente por causa del amor y de la justicia. Como quien está inmerso en este amor, no se mira a sí, ni ve los sufrimientos e injurias que le hacen, sólo ve y considera el honor a Dios y la salvación de las criaturas. No sólo no piensa en lo amargo sino tampoco en las dulces caricias y consuelos de Dios, por causa del odio a sí misma, juzgándose indigna de tan gran visita y consuelo como recibe de El. Muchas veces, por humildad, clama en su presencia con las palabras de san Pedro, a saber,

«apartaos de mí, porque soy un pecador». Entonces Cristo se une más perfectamente al alma y el alma gusta y come almas.

Así, os ruego de parte de Cristo crucificado, que hagais vos. Permaneced en el santo y dulce conocimiento de vos mismo. Jesús dulce, Jesús amor.

SOBRE LOS ESCRUPULOS

A Rainaldo de Capúa.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísimo hermano en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de ver en vos una verdadera y perfectísima luz, es decir, la luz de la fe, porque sin ella andaremos en tinieblas y en ellas quedaremos heridos. Por tanto, necesitamos la luz. Veamos ahora qué es lo que nos quita y qué nos da, qué hace el alma que posee esa luz y qué provecho se recibe de ella.

Si consideramos bien por qué se pierde el ojo temporal, vemos que es porque el cuchillo, tierra, una piedra o cualquier otra cosa lo hiere, o por excesivo calor, pues éste y por el resplandor se seca la pupila y se pierde la vista. De otras muchas maneras se pierde la luz corporal. De igual modo se ciega el entendimiento por el calor y el reflejo, a saber, el calor del amor propio junto con el resplandor de las opiniones y placeres del hombre. ¿Cuál es el cuchillo? El odio a la virtud. Las piedras son los vicios. La mano del libre albedrío hiere con esas piedras al ojo, haciéndolo infiel a Dios y fiel al mundo. Con esa mano quita la tierra al ojo del entendimiento. En cuanto éste tiene la tierra, comienza la noche y el alma es atacada por

la oscuridad. Muchas son las causas que nos privan de la luz, pero éstas son las principales.

¿Cómo evitar la oscuridad y adquirir la luz? El hombre, del mismo modo que la ha perdido, la puede recuperar; no con el mismo afecto sino con la misma acción y con la misma mano del libre albedrío. A éste no lo puede sujetar con nuestra propia voluntad el demonio ni criatura alguna, si nosotros no queremos. ¿Cuál es la plancha caliente que debemos poner ante los ojos de nuestro entendimiento? Es Cristo crucificado, el cual tiene el gran calor en la plancha de nuestra humanidad, mostrándonos el fuego y la profundidad de la inestimable caridad de Dios con el resplandor de la naturaleza divina, mezclada y hecha uno con el fuego y con nuestra naturaleza. Este objeto del dulce Verbo de Cristo crucificado despide tanto calor y tanta luz que seca lo húmedo del amor propio, disipa la tiniebla con la luz y el alma recibe una luz sobrenatural infundida en el entendimiento. En cuanto la luz se halla dentro del alma, comienza a apartar de sí lo que la priva de la luz y pone lo que se la da. Toma después el cuchillo del odio al vicio y las piedras del amor a las virtudes y con ellas hiere a su ojo, es decir, que el ojo se detiene en las virtudes para considerar su excelencia y cuán agradables son a Dios y útiles a sí misma. En cuanto ha visto las virtudes, llega un viento sutil de hambre del honor de Dios y de salvación de las almas, con deseo de seguir la doctrina de la verdad. Este deseo es un viento fino que saca la tierra del ojo, purificándolo continuamente con humilde, continua y fiel oración. Con ella atrae la clemencia del Espíritu Santo que orienta el afecto a un amor ordenado. Ese afecto trae hacia sí al cielo y a la tierra, es decir, la vasija del cuerpo del prójimo. A éste se le debe colocar en la pupila de la fe y serle fiel en el afecto, buscando la salvación de las almas y socorriendo al cuerpo en su necesidad por causa del honor de Dios, en cuanto sea posible. Por este camino, cambiando de afecto el libre albedrío, recuperará la luz.

Hay muchos otros modos, pero éstos son los principa-

les. Veamos ahora la función de Dios en el alma.Lo primero, alumbra a un hijo de amor. Una vez alumbrado en la doctrina de Cristo crucificado, lo alimenta con la dilección de la caridad al prójimo, porque sin ella este hijo moriría, ya que el amor al Creador no puede existir ni conservarse sin el amor a la criatura en razón de Dios. ¿Por qué dije que alumbraba a un hijo de amor? Porque tanto se ama cuanto se conoce y tanto se conoce cuanto se ve, y la visión es tan perfecta cuanto lo es la luz. Lo uno favorece a lo otro, como hace la madre que alumbra al hijo y lo alimenta a sus pechos. Cuando es mayor, el hijo alimenta a la madre en sus trabajos y así el uno socorre al otro. De la misma manera el hijo de la caridad divina alimenta la luz, dando al alma dulce, amoroso y arduo deseo ante la presencia del dulce Dios, siguiendo las huellas de Cristo crucificado. Lo hace ceñido de la verdadera humildad, gloriándose en los oprobios de Cristo crucificado y en sus sufrimientos, deleitándose en el padecimiento espiritual y corporal, tal como Dios lo envía. En todo es paciente. ¿Quién lo ha conseguido? La fe. Porque con esa luz conoció en la sangre de Cristo que Dios no desea más que nuestra santificación y que lo que da: tribulaciones, consuelos y tentaciones, lo da sólo con el fin de que seamos santificados en El. Por eso es tan fiel y paciente que ni se puede ni se debe lamentar de (lo concedido para) su bien.

El fiel que es humilde, no quiere escudriñar los ocultos designios de Dios en sí ni en los demás, las cosas visibles ni las invisibles, sino que busca conocerse a sí mismo y ver lo demás en la voluntad de Dios gustando en ella el fuego de su caridad. No se quiere elevar a las alturas como el soberbio o el presuntuoso que, antes de haberse conocido a sí mismo y haber entrado en el valle de la humildad, se quiere poner a escrutar los hechos de Dios pensando y diciendo: «¿Por qué ha obrado Dios así? ¿Por qué no ha obrado de tal modo? ¿Por qué me ha dado a mí esto y no a aquél?». Este pretencioso quiere poner leyes, cuando debe conocer y considerar la grandeza y bondad

de Dios en lo que ve, como lo hace el fiel humilde, que todo lo ve y lo considera en la grandeza, poder y bondad infinitos. Hay muchos que, sin humildad y sin cuidarse de conocer sus defectos, aguzan el entendimiento y con ojo oscurecido quisieran entender la Santa Escritura y su profundidad, y la querrán exponer y entender a su modo. Estudiarán el Apocalipsis no con humildad, a la luz de la fe, sino que por falta de ella se enredarán en aquello de que no saben salir y, así, de la vida sacan la muerte y de la luz las tinieblas. Después debiendo estar la mente llena de Dios, lo está de fantasías. El provecho que se saca es la confusión y las tinieblas espirituales. Esto ocurre porque antes de bajar quieren subir. ¡Oh desvergonzada vida nuestra, pues ni siquiera nos conocemos nosotros! ¡Yo no observo la ley que se me ha impuesto, y quiero ponerla en Dios y conocer sus secretos! Si queremos ver las estrellas de sus misterios, entremos en lo profundo del pozo de la verdadera humildad. Así lo hace el que tiene fe: se echa por tierra buscando lo bajo; entonces Dios lo pone en lo alto. No anda buscando las razones de cómo puede ser, porque la fe le hará ver claro lo que el demonio o la propia pasión le proponen como dudoso. Se mira en el espejo de la continua oración, o sea, en la verdad y de ella saca el verdadero deseo con el que ofrecer el incienso de la humilde oración.

La fe convierte en tan sincero al corazón, que confiesa sus defectos y no los oculta por vergüenza ni por temor al sufrimiento, sino que con odio al pecado, por la confesión, echa fuera la podredumbre. No los oculta porque se le reprenda ni por razón alguna. Esto hace la fe.

Veamos ahora qué frutos nos da. En esta vida nos otorga la plenitud de la gracia y, en la otra, la vida eterna. ¿A quién ha puesto Dios para que administre esa gracia? A la esperanza. ¿En virtud de qué? En virtud de la sangre del humilde Cordero. Esta es la esperanza humilde que no confía en su virtud propia, ni desespera por culpa alguna en que haya caído el alma, sino que confía en la sangre. Rechaza la desesperación, juzgando mayor que su

miseria la misericordia de Dios que se descubre en la sangre. ¡Oh esperanza, dulce hermana de la fe! Tú eres la que con las llaves de la sangre abres la vida eterna; tú guardas la ciudad del alma del enemigo de la confusión; no aflojas el paso porque el demonio quiera turbar tu alma hasta la desesperación a causa de de la gravedad de los pecados cometidos, sino que con valentía perseveras en la virtud, poniendo en la balanza el contrapeso de la sangre; tú pones a la perseverancia la corona de la victoria en la cabeza, porque esperaste tenerla en virtud de la sangre; eres la que amarra al demonio de la turbación con el lazo de la fe viva; tú respondes a una sutil argucia que el demonio emplea con el alma para tenerla en continua oscuridad y aflicción.

Ocurre algunas veces que el alma habrá confesado su pecado con sinceridad y nada habrá maliciosamente ocultado. El demonio, para estorbar al espíritu y para que el alma no reciba con ardiente corazón el fruto de la confesión, querrá hacer ver que no ha confesado bien sus pecados, diciéndole: «No los has dicho todos y los que has dicho no los has referido como debes». Muchas otras insidias y molestias sugiere en ella y, si entonces no se levanta con prudencia y esperanza, quedará en la tibieza, en temor y angustias espirituales y en oscuridad, atándose los brazos del santo deseo, enredándose en la confusión, como se ha dicho y, consiguientemente, se ve privada de la alegría y se hace insoportable a sí mismo. ¿Cómo defenderse y no caer en la desesperación? No hay otro medio que mirar con la luz de la fe a la conciencia. Esta manifiesta que ni voluntariamente ni con malicia ha quedado veneno de pecado en el alma que no lo haya escupido por la confesión. Confiese con humildad, sin embargo, haberlos dicho de modo imperfecto, no habiéndolos considerado tan graves como podía. Por este reconocimiento, sazonado con la confianza en la sangre de Cristo, esperando que, lo defectuoso por parte suya, será suplido por El. Otro medio es que piense cuán inefablemente es amado por Dios. Ese amor no desprecia el testimonio de la

buena conciencia ni sufriría que en el alma quedase algo que fuera ofensa para El. Con esta fe, amor y confianza sumérjase en la misericordia de Dios, razonando consigo misma, confesándose con sencillez de corazón. Y no se preocupe más. Deje estar los pensamientos y piense en la misericordia de Dios, que ha recibido y recibe de continuo. Si, a pesar de todo, volviese el ataque, écheselo a las espaldas en cuanto a afligirse y ponga ante sí la humillación y conocimiento de sí misma junto con el fruto de la verdadera y perfecta confianza, estando segura de que sufrir y pasar por el camino de la cruz es más agradable a Dios que cualquier otro. Este es el remedio, carísimo hermano, que os da la eterna Verdad contra vuestra enfermedad.

Hemos visto qué es lo que nos quita la fe y qué nos la devuelve; qué realiza la fe, cómo abate la soberbia y disipa la presunción y el fruto de la fe que es la esperanza. Después de haberlo visto, aunque sea menos que una chispita, ruego y apremio, a vos y a mí, a que por amor a Cristo Jesús, pasemos con esta gloriosa luz el mar tempestuoso con firme esperanza y conocimiento de nosotros mismos, echando por tierra el querer, el parecer y el placer por medio de la humildad, buscando el adorno de las verdaderas y reales virtudes dentro de la doctrina de Cristo crucificado. Si teneis en vos la luz de la fe estoy segura de que lo hareis, y no de otro modo. Por eso dije que deseaba ver en vos esta dulce luz y os digo que os apliqueis a poseerla. Pensad que Dios es más inclinado a perdonar que vos a pecar. Confiad y sed fieles a la sangre, a la santa Iglesia y al Sumo Pontífice, el papa Urbano VI! Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

SOBRE EL AMOR A DIOS Y AL PROJIMO

Al Maestro Andrés de Vanni.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísimo hijo en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros observar los mandamientos de Dios a fin de que, terminada vuestra vida, podáis gozar de la herencia de la vida eterna. Quiero que sepáis que la ley de Dios no se puede observar mientras el hombre permanezca en el amor propio, amor a sí mismo, porque el que se ama con amor desordenado no puede amar ni servir como debe a su prójimo, con sinceridad. Los mandamientos de la ley de Dios se hallan sólo en la caridad con Dios y con el prójimo, es decir, en amar a Dios sobre todo y al prójimo como a uno mismo. Por eso el que se ama desordenadamente no los puede observar mientras no se despoje del hombre viejo y se vista del nuevo, Cristo Jesús, siguiendo su doctrina. Por tanto, carísimo hijo, es necesario llegar al odio santo a nosotros mismos para que de veras amemos y temamos a Dios.

Si me decís: «¿Qué modo debo observar para tener ese odio y poseer el amor? ¿Dónde lo encuentro?». Os respondo. El modo es éste: que abrais el ojo del entendimiento con la luz de la fe, porque sin ella no podreis ver el lugar. Este se encuentra en la casa del conocimiento de nosotros mismos. No lo podremos conocer en otra parte y, al no distinguir lo bueno de lo malo, no se puede odiar ni amar. Sin embargo, por el entendimiento, con la luz de la fe, mira hacia dentro de la casa del conocimiento de sí y ve que no existe por sí mismo; y advierte y reconoce tan gran generosidad y ardor de caridad (o sea, estar creado a imagen y semejanza de Dios y vuelto a crear (a la gracia) por la sangre de su Hijo). Ve, además, que es la piedra y

la tierra que mantienen erguido el estandarte de la cruz y que ni la piedra ni la tierra ni los clavos serían capaces de mantenerla en lo alto ni tener (su cuerpo) sujeto y clavado en la cruz si el amor no lo hubiese realizado. Consiguientemente, crece en el alma el amor con angustiados y dulces deseos, observando sus mandamientos, esto es, amando a Dios sobre todo y al prójimo como a sí mismo. Como ve que Dios no le puede hacer bien alguno, se lo hace al prójimo, amándolo y sirviéndole en lo que puede, y así manifiesta el perfecto amor que tiene a su Creador. No se le puede demostrar ni el amor ni la virtud que hay en el alma sino por medio del prójimo, porque toda virtud se prueba por este medio.

Una vez que el alma ha encontrado el amor por el conocimiento que ha tenido de Dios, descubre a la nodriza, la humildad, pues ésta es el ama y nodriza de la caridad. ¿Dónde la encontró? En la casa del conocimiento de sí, allí donde descubrió la caridad, como se ha dicho. El que se conoce a sí mismo no ve razón de ensoberbecerse, porque lo que es nada no puede llegar a la soberbia. Por tanto, el que no sea soberbio, será humilde. Por eso, después de haberse conocido a sí mismo y a la bondad de Dios en sí mismo, lo ama y es humilde. Por la humildad conoce sus defectos y ve que la perversa inclinación de su cuerpo lucha contra la gran bondad de Dios, a la que ha reconocido dentro de sí.

Por ello se levanta con odio y aborrecimiento a los propios sentidos y, por el odio que tiene, los quiere castigar. ¿Con qué lo hace? Dándoles lo contrario de lo que el amor sensitivo quiere. Ellos desean deleitarse en el pecado y la razón da lo contrario para que se gocen en la virtud. Se alegran con la honra y posición social, en los gozos desordenados y en hacer injusticias al prójimo; y el alma, que con la luz del raciocinio ha conocido a Dios, los castiga despreciando al mundo con todos sus atractivos, o se aparta totalmente del mundo real, o sigue en él materialmente, pero está fuera con el deseo. Esto debe hacerlo toda criatura racional. El cumple con la justicia,

porque da a Dios la gloria y el honor. De este modo el odio y el aborrecimiento a los sentidos y al amor a Dios y al prójimo le dan la dilección de la caridad y el esfuerzo, trabajando por su salvación. Por eso le ofrece el alma la oración y el cuerpo lo socorre con bienes temporales, si los tiene, o con cualquier otra cosa con que lo pueda hacer. Si está en el gobierno, hace justicia y da la razón al grande y al pequeño, al pobre como al rico, y no teme desagradar a criatura alguna sino sólo a Dios porque el temor servil lo pierde con el amor divino y por el odio santo a sí mismo. Este es el principal castigo que el alma impone a los sentidos. Hay otro: cuando el cuerpo se halla en lucha con el espíritu, lo castiga y no queda satisfecho con ello sino que lo que hace le parece poco pensando en sus ofensas contra el Creador, y desea que los demás lo hagan por él. Por eso no se alborota en las injurias, tribulación o sufrimiento que haya de padecer por parte de Dios o de las criaturas, es decir, que Dios le ponga en alguna prueba apartando de su espíritu los consuelos y que permita que los demonios le proporcionen muchas tentaciones y combates. Se esfuerza por sufrirlo todo y se obliga a sí misma, juzgándose digno de los trabajos y forzando a la voluntad, a que no se inquiete, humillándose y teniéndose por digno de ellos y por indigno del fruto que se sigue, y hasta de la paz y quietud de espíritu. Así consigue la paciencia, que es la médula de la caridad. De este modo ha cumplido toda la ley, a saber, ha amado a Dios más que a todas las cosas y al prójimo como a sí mismo.

¿Con qué, pues, la ve y la conoce? Con el entendimiento y con la luz de la fe. ¿Dónde la encontró? En el conocimiento de sí. En sí mismo descubrió la bondad de Dios y por eso lo amó. Descubrió su miseria y por eso se humilló y concibió odio al vicio y a los sentidos. Por tanto, sin este conocimiento no podría observar la ley y por ello sería el hombre privado de la gracia y del reino de Dios, que es la herencia que da el padre a los hijos legítimos que varonilmente combaten contra sus enemigos y no vuelven la vista atrás.

Por eso os dije que deseaba veros observar los santos y dulces mandamientos de Dios a fin de que tuviéseis la vida de la gracia y en el otro mundo la vida eterna. Os pido, pues, por amor a Cristo crucificado, que os esforcéis por guardarlos hasta la muerte. No digo más. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

SOBRE LA VIRTUD DE LA PERSEVERANCIA

A Pedro Canigiani en Florencia.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísimo padre e hijo en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con deseo de ver en vos la gloriosa virtud de la perseverancia, que es la virtud que es coronada. ¿Qué modo tendremos para adquirir y conservar en nosotros esta virtud? Este: vos sabeis que toda virtud se adquiere con la luz y sin ella ninguna se puede conseguir, porque toda virtud tiene vida por la caridad, que es amor. Sabéis que, al verlo, reconoce la inestimable bondad de Dios y que el alma es amada por El antes de existir, por lo que concibe amor, ya que con la luz ve que Dios es digno de ser amado y que está obligada a ello por deber. Este amor conexiona y une a las demás virtudes, de modo que no se puede poseer una perfectamente si no se poseen las demás. Por lo tanto, con la luz se adquirirá esta virtud de la perseverancia, se la conserva, aumenta y hace que crezca más o menos según la luz sea mayor o menor. En cuanto el alma se encuentra sin luz, se halla sin la virtud de la perseverancia y bien pronto vuelve su

vista atrás. Debemos, por tanto, cuidar de que la nube del amor propio no nos prive de esta luz, o sea, que no nos amemos a nosotros, a las cosas del mundo ni a nuestra prosperidad de modo sensitivo, ya que por el libre albedrío que tiene el hombre, puede orientarse hacia donde quiera. Por eso, si el entendimiento es movido por el apetito sensitivo, se dedica enseguida a ver y a querer las cosas transitorias que pasan como el viento, y quiere deleitarse en ellas. Como ve ciegamente, no se da cuenta de que en ellas, ni se da perfecto gozo y reposo, sino tanta imperfección e inquietud que el alma que desordenadamente las ama, no se soporta a sí misma. Pero, si el afecto ordenado mueve al entendimiento, se pone a ver y a conocer la verdad. Esta le hace firme y estable y por ello abraza y sigue la doctrina de Cristo crucificado, que es la verdad donde encuentra deleite perfecto. Por esta razón se desprecia a sí, es decir, a la inclinación perversa que lucha contra el espíritu. Por haber conocido la verdad, odia lo que antes amaba y ama lo que odiaba. Así huye y evita el pecado, porque éste consiste en odiar lo que Cristo amó y amar lo que El odió. Tanto desagradó a Dios el pecado que quiso castigarlo en su propio cuerpo y se hizo yunque sobre el que colocó nuestras maldades, y tanto amó el honor al Padre y a nuestra salvación que, por dárselo y darnos a nosotros la vida de la gracia perdida por el pecado de Adán, y, para que la virtud y la buena y santa vida nos valiese para la vida eterna, corrió a la afrentosa muerte de cruz. Por esta vía conservaremos esta virtud. Saturémonos de oprobios, envilezcámonos a nosotros mismos y hagámonos pequeños por la verdadera humildad si queremos ser grandes ante Dios. De ahora en adelante dejemos a los muertos enterrar a los muertos y sigamos la vida de Cristo, el dulce Jesús, perseverando hasta la muerte en las verdaderas y reales virtudes. A esto quiero que atendais y que no perdais el tiempo sino que con perseverancia lo empleeis, porque nuestro tiempo es tan breve que no podemos hacer sino desprendernos con gran deseo de esta vida mortal y dirigirnos al verdadero fin.

Considerad bien que es así, y que nadie, ni joven ni viejo, ni rico ni pobre, ni sano ni enfermo, ni señor ni súbdito, puede confiarse ni tener seguridad siquiera en una hora de tiempo. Sería loco el que tuviese esa seguridad, porque vemos que es manifiestamente vana, ya que los que creen estar bien, súbitamente desfallecen. Quiero, pues, que considereis la brevedad de vuestro tiempo a fin de que con el amor, y el santo temor de Dios, vuestro afecto vaya hacia adelante, creciendo continuamente, y no retroceda. Después del conocimiento y buena voluntad que el hombre hubiere recibido de Dios si volviera a los pecados anteriores, sería mucho peor y mayor la ruindad de su alma y de su cuerpo y digno de mayor reprensión ante Dios y ante los hombres. Todos los días vemos que parece que no se encuentran bien si no vuelven al estado virtuoso. No quisiera que con la apariencia de que en razón de que se cumple mejor la justicia, hiciera el amor propio que vos o vuestros hijos os apegarais a los miserables afanes de la prosperidad mundana. Sé que no es necesario explicar mucho. Quiero que atendais a vuestra salvación conociendo los bienes imperecederos, y que pongais a vuestros pies los bienes perecederos. Abandonad el trato con los servidores del mundo y deleitaos con el de los servidores de Dios.

Considerad, considerad cuánto amais a vuestra alma y también cuánto a vuestros bienes materiales y cómo os enredan en sus ramas. Haced como el verdadero peregrino, pues todos somos peregrinos y viandantes en este mundo. Al peregrino no le interesa más que llegar al término de su viaje. Toma el camino, y eso es todo. Con mucha prudencia deja los caminos dudosos y va por los seguros. Aunque encuentre lugares pacíficos y deleitosos, no por eso se detiene sino que va a lo suyo; si los encuentra en guerra y dificultosos, obra igual, a no ser que, sin daño suyo ni impedimento para su viaje, les pudiese ser de provecho; pero no en otro caso. De modo que ni la paz ni la guerra pueden estorbar al buen peregrino.

Así quiero que actuéis vos. Animo, pues, peregrino:

despertad del sueño, que no es hora de dormir sino de velar. Tirad al suelo la carga de los pensamientos y afanes del mundo y tomad el bordón de la cruz para que tengáis de qué defenderos de los enemigos que encontréis por el camino. Llenad la vasija de vuestro corazón de sangre, que es vuestro reconfortante, a fin de no desfallecer de debilidad en el tiempo de los trabajos. Poned ante vuestro entendimiento a Dios, que es vuestro fin y término, y corred con hambre y deseo de virtudes, porque teniendo deseo de ellas, lo tendréis que conseguir vuestro fin. Es necesario que corrais con el afecto del deseo junto con el recuerdo de Dios. Corramos al término de la muerte de modo que por ninguna razón detenga nuestra carrera. Durmiendo, comiendo, hablando y en todo lo demás, vamos siempre hacia la muerte. Así debemos obrar y obraremos si en todas nuestras acciones tenemos delante a Dios, porque entonces permaneceremos siempre en su santo temor. Así será larga y crecerá la virtud de la perseverancia en nosotros, por lo cual, al fin, recibiremos el fruto de nuestros trabajos y la corona de la gloria, descansando en el término, en la vida eterna; de otro modo, no. Como no veo otra manera, de ahí que dijera que deseaba ver en vos esta gloriosa virtud de la perseverancia que se adquiere, conserva y aumenta del modo dicho. Quiero, pues, que con gran diligencia y cuidado os esforceis por tener en vos este modo de obras, a fin de que en vos se cumpla la voluntad de Dios y el deseo de mi alma, pues busco vuestra salvación tanto como la mía propia. Confío en la bondad infinita de Dios que os dará la gracia para llevarlo a cabo. No digo más. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

TENER HAMBRE DE ALMAS A SEMEJANZA DE CRISTO

A un Prelado, año 1378

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Reverendo y carísimo padre en Cristo Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo crucificado, os escribo en su preciosa sangre con deseo de veros con hambre de la comida de las criaturas por honor a Dios, aprendiendo de la primera y dulce Verdad, que murió del hambre y sed que tuvo de nuestra salvación. Parece que este Cordero inmaculado no puede saciarse. Clama en la cruz, saturado de oprobios, y dice que tiene sed. Aunque corporalmente la tuviera, sin embargo su mayor sed era la del santo deseo de la salvación de las almas. ¡Oh inestimable, dulcísima caridad! Y no parece que tú te des tanto, al entregarte a tan grandes tormentos, que no sea mayor todavía tu deseo de entrega total por la salvación de las almas. La causa de esto era el amor. No me extraña, pues su amor era infinito y el sufrimiento era pasajero. Por eso era mayor la cruz del deseo que la del cuerpo.

Esto me recuerda lo que el dulce y buen Jesús manifestó una vez a una sierva suya (ella misma). Viéndole ella en la cruz del deseo y en la cruz material, le preguntó: «Dulce Señor mío, ¿cuál fue tu sufrimiento mayor, el del cuerpo o el del deseo?». Dulce y benignamente le respondió: «No dudes, hija mía; te aseguro que no puede haber comparación, entre lo infinito y lo finito; el santo deseo nunca tiene fin». Por eso llevé Yo la cruz del santo deseo. ¿No te acuerdas, hija mía, que la vez que te manifesté mi nacimiento, me viste niño pequeñito, nacido con la cruz al cuello? Te hago saber que en cuanto Yo, Palabra hecha carne, fui engendrado en el vientre de María, me comenzó la cruz del deseo que había de ejecutar obe-

deciendo a mi Padre y dar a ella su cumplimiento en el hombre, o sea, que el hombre fuera restituido a la gracia y recibiese el fin para que fue creado. Esta cruz me causaba mayor sufrimiento que ninguna otra de las que corporalmente había de recibir. Por eso mi espíritu saltó de alegría cuando vi llegar mi final, y especialmente en la cena del Jueves Santo. Por eso dije: con ansia he deseado celebrar esta pascua, es decir, hacer el sacrificio de mi cuerpo al Padre. Tuve grandísima alegría y consuelo cuando vi llegado el momento de quitarme esta cruz del deseo, o sea, que cuanto más me vi alcanzado por los flagelos y tormentos corporales, tanto más disminuía el sufrimiento, puesto que con el corporal cesaba el del deseo, al ver cumplido todo lo deseado». Ella contestó diciendo: «¡Oh dulce Señor mío! Dices que el deseo del sufrimiento de la cruz te desapareció en ella. ¿Cómo fue? ¿Es que perdiste el deseo de mí?». El dijo: «No, dulce hija mía. Al morir en la cruz terminó con la vida el sufrimiento del deseo, pero no el deseo y el hambre que tengo de vuestra salvación, porque si el amor inefable que tuve y tengo al género humano hubiera terminado, vosotros no existiríais. Por eso, como el amor os sacó del seno de mi Padre, creándoos con su sabiduría con que fuisteis creado retornase a El, no existiríais. Yo, Hijo unigénito de Dios, os manifiesto el amor de mi Padre. El afecto que El tiene lo tengo Yo, y lo que Yo tengo lo tiene El, porque soy uno con el Padre y el Padre conmigo y El se ha manifestado por medio de Mí. Por eso dije: que lo que he recibido del Padre os lo manifiesto Yo. De todo esto es causa el amor».

Bien veis, reverendo padre, que el dulce y buen Pastor, Jesús, amor, muere de sed y de hambre por nuestra salvación. Os suplico por el amor a Cristo crucificado que os propongais como finalidad el hambre de este Cordero. Esto desea mi alma: veros morir de santo y verdadero deseo, esto es, que por el afecto y amor que tenéis al honor de Dios, salud de las almas y exaltación de la Iglesia, quiero ver crecer en vos tal hambre que muráis de ella;